

Operación Plomo Impune

Eduardo Galeano, escritor y periodista uruguayo

PARA JUSTIFICARSE, el terrorismo de Estado fabrica terroristas: siembra odio y cosecha coartadas. Todo indica que esta carnicería de Gaza, que según sus autores quiere acabar con los terroristas, logrará multiplicarlos.

Desde 1948, los palestinos viven condenados a humillación perpetua. No pueden ni respirar sin permiso. Han perdido su patria, sus tierras, su agua, su libertad, su todo. Ni siquiera tienen derecho a elegir sus gobernantes. Cuando votan a quien no deben votar, son castigados. Gaza está siendo castigada. Se convirtió en una ratonera sin salida, desde que Hamas ganó limpiamente las elecciones en el año 2006. Algo parecido había ocurrido en 1932, cuando el Partido Comunista triunfó en las elecciones de El Salvador. Bañados en sangre, los salvadoreños expiaron su mala conducta y desde entonces vivieron sometidos a dictaduras militares. La democracia es un lujo que no todos merecen.

Son hijos de la impotencia los cohetes caseros que los militantes de Hamas, acorralados en Gaza, disparan con chambona puntería sobre las tierras que habían sido palestinas y que la ocupación israelita usurpó. Y la desesperación, a la orilla de la locura suicida, es la madre de las bravatas que niegan el derecho a la existencia de Israel, gritos sin ninguna eficacia, mientras la muy eficaz guerra de exterminio está negando, desde hace años, el derecho a la existencia de Palestina.

Ya poca Palestina queda. Paso a paso, Israel la está borrando del mapa.

Los colonos invaden, y tras ellos los soldados van corrigiendo la frontera. Las balas sacralizan el despojo, en legítima defensa.

No hay guerra agresiva que no diga ser guerra defensiva. Hitler invadió Polonia para evitar que Polonia invadiera Alemania. Bush invadió Iraq para evitar que Iraq invadiera el mundo. En cada una de sus guerras defensivas, Israel se ha tragado otro pedazo de Palestina, y los almuerzos siguen. Devoran justificándose por los títulos de propiedad que la Biblia otorgó, por los dos mil años de persecución que el pueblo judío sufrió, y por el pánico que generan los palestinos al acecho.



Israel es el país que jamás cumple las recomendaciones ni las resoluciones de las Naciones Unidas, el que nunca acata las sentencias de los tribunales internacionales, el que se burla de las leyes internacionales, y es también el único país que ha legalizado la tortura de prisioneros.

¿Quién le regaló el derecho de negar todos los derechos? ¿De dónde viene la impunidad con que Israel está ejecutando la matanza de Gaza? El gobierno español no hubiera podido bombardear impunemente al País Vasco

para acabar con ETA, ni el Gobierno británico hubiera podido arrasar Irlanda para liquidar a IRA. ¿Acaso la tragedia del Holocausto implica una póliza de eterna impunidad? ¿O esa luz verde proviene de la potencia mandamás que tiene en Israel al más incondicional de sus vasallos?

El ejército israelí, el más moderno y sofisticado del mundo, sabe a quién mata. No mata por error. Mata por horror. Las víctimas civiles se llaman daños colaterales, según el diccionario de otras guerras imperiales. En Gaza, de cada diez daños colaterales, tres son niños. Y suman miles los mutilados, víctimas de la tecnología del descuartizamiento humano, que la industria militar está ensayando exitosamente en esta operación de limpieza étnica.

Y como siempre, siempre lo mismo: en Gaza, cien a uno. Por cada cien palestinos muertos, un israelí.

Gente peligrosa, advierte el otro bombardeo, a cargo de los medios masivos de manipulación, que nos invitan a creer que una vida israelí vale tanto como cien vidas palestinas. Y esos medios también nos invitan a creer que son humanitarias las doscientas bombas atómicas de Israel, y que una potencia nuclear llamada Irán fue la que aniquiló Hiroshima y Nagasaki.

La llamada comunidad internacional, ¿existe? ¿Es algo más que un club de mercaderes, banqueros y guerreros? ¿Es algo más que el nombre artístico que los Estados Unidos se ponen cuando hacen teatro?

Ante la tragedia de Gaza, la hipocresía mundial se luce una vez más. Como siempre, la indiferencia, los discursos vacíos, las declaraciones huecas, las declamaciones altisonantes, las posturas ambiguas, rinden tributo a la sagrada impunidad.

Ante la tragedia de Gaza, los países árabes se lavan las manos. Como siempre. Y como siempre, los países europeos se frotan las manos.

La vieja Europa, tan capaz de belleza y de perversidad, derrama alguna que otra lágrima mientras secretamente celebra esta jugada maestra. Porque la cacería de judíos fue siempre una costumbre europea, pero desde hace medio siglo esa deuda histórica está siendo cobrada a los palestinos, que también son semitas y que nunca fueron, ni son, antisemitas. Ellos están pagando, en sangre constante y sonante, una cuenta ajena.

Desarme nuclear, prioridad del planeta

NÉSTOR NÚÑEZ

EN BUENA MEDIDA han pasado los tiempos en que la humanidad, dividida en dos polos contrapuestos, vivía pendiente de cada movimiento de las potencias atómicas.

Pareció sencillamente que en los años noventa, con la desaparición de la Unión Soviética y el pregonado fin del “imperio del mal entronizado en Moscú”, todas las tensiones y las zozobras enfrentadas por el género humano durante la etapa de la Guerra Fría se esfumaran de pronto, y por mera generación espontánea el planeta dejara atrás los riesgos de un desastre militar atómico.

Fue una imagen incluso intencionalmente inculcada por la gran prensa imperial, solo para desviar la atención de los grandes arsenales acumulados en Occidente y del empeño hegemonista norteamericano, del cual la supremacía bélica ha sido y es uno de los pilares esenciales.

No por gusto voceros imperiales de alto calibre se apresuraron a sentenciar la urgencia de que en lo adelante, Estados Unidos no podía permitir la reorganización ni el surgimiento de nuevas potencias mundiales, mientras se ensayaban artilugios como el titulado sistema antimisiles, destinado a propiciar a Washington la posibilidad de un primer golpe nuclear sin posible respuesta del agredido, y que apunta sin disimulo alguno contra Rusia y China.

De manera que, sin duda, el planeta sigue viviendo ahora los mismos peligros de des-

trucción total que hace dos décadas atrás, y la amenazante espada de Damocles sigue pendiendo sobre su cabeza, asida por las mismas manos que desarrollaron los primeros artefactos atómicos en la historia humana y no dudaron en utilizarlos de inmediato en pleno ocaso de la Segunda Guerra Mundial contra las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki.

En consecuencia, hace apenas unos meses, Cuba recordaba en el plenario de la Organización de Naciones Unidas, ONU, que los países poseedores de armas nucleares tienen no menos de 23 mil artefactos, de los cuales 12 mil están listos para su uso inmediato.

Solo el Pentágono, donde se urde buena parte de los planes expansionistas y de conquista con sello *Made in USA*, suma 5 200 cabezas atómicas operativas, de las cuales 2 700 están montadas permanentemente en sus medios de lanzamiento, mientras que las restantes requieren tiempos mínimos para ser utilizadas en caso de alarma bélica.

Como se comprende entonces, la lucha por el desarme general y completo, y por la paz como garantía de supervivencia para nuestra civilización, no es pura retórica ni obedece a artificiosos protagonismos internacionales.

Terminar con los riesgos de una guerra nuclear es de los grandes desafíos todavía pendientes de la historia global, y Cuba, junto a otras muchas naciones



del orbe, así lo estiman.

De hecho, a solicitud de La Habana fue aprobada por una abrumadora mayoría de 165 votos a favor, ninguno en contra y las abstenciones de Estados Unidos, Israel, Francia y Reino Unido, la convocatoria para el 26 de septiembre del 2013 de la primera Reunión de Alto Nivel de la ONU sobre Desarme Nuclear, lo que permitirá a los prin-

cipales dignatarios del planeta pronunciarse ante la Asamblea General sobre un tema de altísima prioridad global.

La propuesta de Cuba contó, además, con el respaldo absoluto del Movimiento de Países No Alineados, en el entendido común de que “la única garantía de que las armas atómicas no puedan emplearse jamás, será su eliminación y prohibición total”. (AIN)